

Visiones de Rosalía

Poesía y mito en el hombre gallego

CARLOS PENELAS*

Visiones de Rosalía

Como en los tiempos prehistóricos quiero sentir la lluvia y los labios y el corazón, *alá, pol-a alta noite, a luz d'a triste e moribunda lámpara*, donde anidan los espejos y las olas del alma, destilando el veneno del oráculo, los templos que invocan las tierras de sueño, la esferas inolvidables de los niños a través de la niebla y el silencio.

Vuelven las voces atraídas por la ceniza, mortajas que sollozan sobre piedras hechizadas, eternos tronos en la humedad extraña que interroga el Deseo, plegarias que idolatran los nombres de Prisciliano, de Macías, de Pardo de Cela.

Así las supersticiones y el olvido, la delicada lluvia embriagada de dioses únicos. Sobre barcas ligeras los nombres del sacrilegio y de la cópula, reprimidos como pájaros buscadores de una errante belleza, misteriosos aceites en una lengua orgullosa y perseguida recordada por mi padre en las noches de insomnio.

Una y mil veces la congoja se adueñaba de árboles quemados, del asesinato del herejarca en Tréveris. Surgían manos que escondían las hierbas minerales, las manos de la madre gallega, el vínculo de la sangre en las reinas doña Sancha y doña Dulce, robles del duelo y la privación evocando a los Penelas que convivieron con Teodomiro, *cual todo nace, vive y muere acá*, con los suevos cuando se negaron a tomar el nombre de sus amos, transitando altares con cáliz de leche y bosques irresistibles, en la confesión de los cuerpos flotantes que desnudaban la alquimia de las sombras.

Venían los perfumes insomnes del instinto, reliquias perdidas en la edad del hierro, en los rituales de la paciencia y la piedad. Recorriendo pinares como ejércitos que mueven el desprecio con espadas de bronce.

Así el furor de Manuel, las cartas del latido que precipita la miseria y el hambre, inconfesables sotanas adúlteras entre campesinos extraviados por el pecado. Desfondando reinos señoritos hablan *castelán*, en la infinitud de incesantes lluvias, en los milagros del mercurio, en la videncia del vino y los insectos, entre *fadas y mouros* que habitan cuevas pródigas de bellas herejías, de injurias y vociferaciones. Así los campesinos redimían su lengua y su ternura, los únicos que ven vigas de oro o de azufre sobre las lluvias de los astros. Cazadores furtivos en una tierra con cántaros sagrados.

Aqués que tén fama de honrados na vila ofrendaron la noche para hundir los susurros nocturnos. Crecieron los fantasmas de la tristeza, los muros del desamparo, de la excomuniación, como altares fascinantes en las mutaciones de la clandestinidad. Seminaristas rompiendo los cristales del placer, presenciando el hambre desmedida de 1853, con las visiones trágicas de las lavanderas que veían llegar lobos extenuados, hombres con gemidos errantes y escuálidas miradas, diezmados por la fiebre y la ferocidad del abandono, en los caminos enlosados de Iria Flavia.

Allí, durante siglos, los campesinos probaban el pan de trigo en las fiestas patronales, en la ironía de las bendiciones demonios gesticulantes, con la hostilidad de la siega de *los hombres de corazón de hierro*. En la leche humeante del alba y del delirio, en la emanación de la niebla *tendida na verde alfombra*.

* Carlos Penelas es un escritor argentino de raíces brigantinas. En este año de 1985 publicó el libro titulado "Betanzos de los Caballeros" del que reproducimos la cubierta.

Cabelleras sin memoria provocaron la impotencia de los santos, reliquias en mendi-
gas con coronas extraviadas. Cruzaban patios o recorrían las almenas de las murallas,
guarneciendo muebles de castaño, deslumbradas por los sepulcros esculpidos de Betanzos,
interpretando mensajes celestes, la torre de Breogán, las *furnas* donde nadie osa penetrar.

Restauraban antiguas costumbres en la lejanía de las rosas, ambiguas palabras como
las de Policrates al descubrir su anillo de piedras preciosas. Para beber los sollozos de la
hembra, para invocar cabellos peinados por dientes de oro, arrastrando sueños invisibles
que convocan a desposeídos y solitarios. Acarician los abalorios de las sombras, buscando
la puerta de sus moradas, cegados por el viento que arremolina la cólera. Emergían de los
árboles como fantasmas vestidos con el furor de los follajes.

Así recorrían las almas caminos y bosques, nombrando a Merlín entre difuntos olvi-
dados por la pereza del mundo, traspasando injurias, naves extranjeras, ternuras vacías en
los muelles, imprecisas súplicas de sirenas que laten como espectros en las piedras. Huér-
fana de la lluvia, nombrando a Manuel, una y mil veces, a los enigmas de grandes asam-
bleas, resucitando la misericordia y el dolor. Desde la luz que hierde hasta las lágrimas, pa-
ra cavar la herida y el eco de los huéspedes.

Arenas ardientes labran la soledad y el espejismo del amor. En la transparencia y el
duelo de la criatura alucinada que no tiene apellido, ahogada una vez más en las apari-
ciones, en los fantasmas del estanque, conociendo a su madre —María Teresa ten piedad
de nosotros, pecadores— en las llamas del alcohol, en imágenes de largos viajes, buscando
la vigilia para el indefenso corazón de reyes celestiales. ¿No sientes que la noche los márti-
res desprenden la furia de los lobos? ¿O el reverso de las piedras que lamentan los muer-
tos? ¿O los umbrales por donde camina tu padre, el sacerdote José Martínez Viojo, besan-
do tu frente como a una estatua visigoda, tu sombra en el lenguaje de la almohada?

Junto a Manuel, desde el abismo recorriste las magias del delirio, la eternidad en el
vino sagrado de Martín Códax o Xoan Zorro, balbuceando el pregón de eucaliptos disper-
sos, tratando de cruzar la hoguera del castigo, los visionarios templos de carneros que bus-
can aves legendarias, la dulzura de los senos sonámbulos de afecto y de lluvias de oro.
Así la nobleza de los enseres, los utensilios de la cocina, los rumores fugaces de las cucha-
ras de madera, la ceguera de rústicas alegrías en iglesias donde cantan milenarios coros,
marineros que tienen la eternidad de los buques fantasmas.

Estas son las visiones de Rosalía. El padre de mi abuelo las contaba. El de los sistros,
el que convocaba el espíritu de los Penelas en la corteza de la tierra, el que llamaba a las
filgias preservando los nombres, el fulgor de los pequeños fragmentos que alimentan ritos,
las voces de una mujer ausente o el indefenso ardor de una virgen asesinada.

Así la nostalgia y la piedad en el licor púrpura de ángeles terrestres. Abrimos las últi-
mas tinieblas, edades sin nombre, duras estaciones del desolado trono, anónimos cestos
que alumbraron los frutos. La belleza desnuda, las herrerías y la inocencia de los caballos
de cobre. El légamo repara alimentos sublimes, la peregrinación de huellas proféticas en
los bosques de la divinidad.

Buenos Aires, agosto de 1985
Días de San Roque y Os Caneiros

Poesía y mito en el hombre gallego

Las consideraciones que intentaré elaborar —desde mi limitado ángulo teórico— nacen
de una experiencia espiritual: en el mundo hay explotados y explotadores, víctimas y
verdugos, pobres y ricos. Lamentablemente la sensibilidad ya no expresa a través del arte
la vida de la imaginación. El autoritarismo ha desarrollado cada vez más métodos necesi-

BETANZOS DE LOS CABALLEROS



rios para ilustrar las ideologías, para que la interpretación nacional se afirme en el poder, para reducir al arte a un papel servil.

Tal vez parta de una ética abstracta, pero el poeta tiende por naturaleza más a la intuición y al afecto que a las doctrinas o a las actitudes estáticas. Toda imagen es la síntesis de una emoción. Deseo vivenciar mi propia lengua, contra la falsa dignidad y la apariencia, desarrollar una lectura con preferencias; los días de una infancia que aún son misteriosos, el inaccesible sentimiento de soledad, mañanas o noches que agitaron el mar y las estrellas, la alegoría y la pérdida sacralidad del acto sexual.

Estamos hablando de una simbología gallega, de una actitud ética, de la impaciencia y el desborde emocional. Allí su limitación, allí su esencia.

Sospecho —y a partir de aquí mi fantasía y mi fervor por lo gallego— que hay otra mitología, una intuición intelectual, una intuición sentimental que debemos abordar en el hombre gallego, en su lirismo, en su poética.

Hablaré entonces desde una memoria colectiva, desde los ensueños y los recuerdos

de otras voces que han dado a mi voz una genealogía particular.

Es la vitalidad, el aspecto contestatario, la falta de medida, lo que irrita y fastidia. Se convierte en la conciencia culpable del burgués o del revolucionario. Se transforma en la memoria de lo que se escribe con la mano y se borra con el codo. Ajeno a las tramas políticas, a las prepotencias del totalitarismo, las señala. En ellos la rebeldía y la comprensión, la tensión emocional y el ámbito poético. La ira es real y convincente. Sus imágenes revelan la brutalidad como resultado directo del autoritarismo.

Creo que en el poema es donde vemos el encuentro entre la imaginación y la existencia. Y no en pocas oportunidades un albergue de la fuerza primitiva, la evocación de la primera morada, la intimidad perdida que sugiere historias y fidelidad. He aquí esa imagen de pureza que intentamos rescatar donde no penetran los milenios de represión mística o terrenal. El amor a los bosques, las imágenes de los pájaros sobre la infancia —plena de cosmicidad— las invisibles huellas de barcos hundidos forman parte de un mundo sensible, desaparecido en el ensueño, en las raíces de lo efímero y en la espontaneidad de un lenguaje metafórico.

El amor terreno y los alegatos de una visión madura nos acercaron a la necesidad de entrar en comunión con la naturaleza, de cultivar un estado de lucidez, de vivir el secreto de las cosas en símbolos precisos.

Las palabras acarician silentes figuras femeninas, elevándose en el lenguaje y en la idea, en una misión ética —no moralizante— del hombre. Este impulso está cargado de amplias significaciones, con tiernos murmullos, con voces insurrectas por la pasión y el deseo, en una búsqueda de sensaciones purificadas que surgen del dolor y el sacrificio, de la noción de santidad y los espejismos de la infancia.

En el acto poético, en la mitología del labrador o el marinero aparece la imagen como una aproximación al *ser*. La maravilla de lo real y el enigma de lo irreal nos sorprende como un acontecimiento que acumula sombras íntimas, silencios herméticos, condensados en una simbología, en una dimensión que pertenece a lo imaginario, a la soledad del creador pero también a nuestra perspectiva interior, a nuestras fugitivas impresiones.

Vemos pues en el poema la quimera y la sensibilidad de nuestro instante sagrado, una belleza acrecentada por intuiciones definitivas. Hay un valor ontológico que está más allá de las sombras o los paraísos, de los dolores límites de la palabra. Debemos ir hasta el extremo de nuestra experiencia, de nuestros umbrales míticos, de los valores primitivos. Y vivir la inversión de las moradas como una voluntad, como un hábito sin orden y sin forma, con la indecisión y el valor que la soledad y la lucha colectiva nos afirma en impulsos ilimitados.

He aquí los sueños de la noche, los sitios perdidos, los familiares pasos donde se unen la evocación y el olvido. Como una llama que anhela nuestra intimidad. Se precisa el elemento poético, un mundo imaginado, un sueño que contiene el porvenir del ser y los primeros fuegos del mundo.

Hemos intentado señalar algunos aspectos de las visiones íntimas del poema y su relación con la vivencia del hogar gallego, de un hogar gallego en el exilio. Tal vez sean arbitrarias y no responden a una realidad más profunda y esencial. Pero son escritas por alguien para quien Galicia le fue revelada a partir de la literatura, de mapas y cartas, de libros que penetraron en la ternura y la piedad. De alguien que no ha pisado su tierra pero que traduce el misterio y la luz en los secretos rostros de la vida. Que ama y se desliza por la nostalgia de las proféticas lluvias de los dioses subterráneos.

Buenos Aires, 24 de enero de 1986